

Margarita calló, como avergonzada y confusa por lo que había dicho ó por lo que no se atrevía á decir. Su amante se aproximó hacia ella y, oprimiéndole brutalmente las manos, exclamó con voz ronca:

—¿Y la segunda parte?... Habla pronto, sin vacilaciones ni cobardías. Yo te lo mando, te lo exijo... Quiero saberlo todo, ¡todo!... ¿me entiendes?

La pecadora se desasí de aquellas manos que la abrasaban como hierros candentes y la atenazaban como garfios; y, mirando fijamente á su dueño, repuso:

—¡Ah! ¿La segunda parte?... ¿Pero no la has adivinado, mi nene? Pues bien; vas á saberlo todo; sí, todo... He dicho antes que creo, espero y adoro en ti, ¿verdad? Y que por eso te debo mi calda, mi pecado y mi infierno... El final de mi confesión podías haberlo presumido. Es éste: que conozco mi calda, y no quiero alzarme del suelo; que sufro mi pecado, y no me arrepiento; que merezco el infierno, y en él pienso vivir contigo... ¿Quieres más todavía?

Y la penitente rompió á llorar... Después de susurrarle al oído algunas palabras, el confesor cayó de hinojos ante la pecadora y le besó piadosamente las manos... Margarita le obligó á levantarse y, rozando con sus labios de fuego la frente pálida de Paquillo, le dijo sonriendo:

—Sí, mi nene, sí... ¡Te perdono!

CARLOS MIRANDA

FLIRT

Y si me engaña usted? Los hombres inteligentes, de inteligencia verdaderamente superior, como usted, no suelen ser muy sinceros. La vida es una pura comedia, según usted mismo confiesa. ¿Quién me garantiza á mí si esto es sainete ó tragedia? ¿Quién es capaz de determinar su género? ¿Se ha impuesto usted el papel de galán enamorado, de rendido amante?... No, no me interrumpa... ¿Dice usted que me ama? Bien, venga la prueba... la prueba absoluta, irrecusable... Palabras, galanteos, rendimientos... todo eso no es nada. Un hombre de sociedad los tiene siempre para todas las mujeres... y aunque así no fuese, yo necesito la prueba, la prueba...

—Pero por Dios, Carmela... medite usted bien sobre lo que dice. El cariño es indemostrable, á la manera que usted lo exige. El amor no es un teorema matemático, que se resuelve con reglas fijas. Yo la amo á usted ardentemente, con una gran pasión, con una pasión digna de los tiempos medioevales; pero, ¿cómo probarlo más que con mi palabra? La fe es el primer elemento del amor. Si usted corresponde á mi cariño, debe tener confianza en mí, fe en mi palabra, seguridad en mis afirmaciones. El amor más grande no resiste el análisis...

—Entonces, hemos terminado. Hablemos de otra cosa... del último estreno... porque, ¡créalo usted!, para obtener mi afecto, es condición precisa esa extravagante de la prueba... Comprenda usted, no se trata de romanticismos, de extravíos nerviosos, nada de eso; es que me asusta el porvenir... si después, cuando ya no tuviese remedio, resultase que no me amaba, que nos habíamos engañado... ¡qué horrible! ¿verdad?

—Horrible, espantoso, abominable... Bien; resucitemos los pasados tiempos; yo recogeré el guante que ante las garras de la fiera usted arrojó...

—¡Oh! no, no... ¡qué miedo!... Además, que el Gobernador no autorizaría el espectáculo...

—Entonces... si usted quiere, le haré la competencia á don Tancredo.

—Eso sería ridículo... Parece que había usted demasiado ligeramente.

—¿Ligeramente? Hablo con toda seriedad. ¡Una prueba de amor! No se me ocurren otras...

—Piense usted. La originalidad me seduce... Adivine mi deseo... Lea en mi frente...



AIGUA - MOLLS (RIUDELLOTS).

Cuadros de A. Ros y Güell.



PORT LLIGAT (CADAQUÉS).

—¡Leer en la frente! ¿Sabe usted el alcance de lo que dice? Si yo pudiera discernir el misterio, si yo pudiera poseer su pensamiento, ¿qué falta hacia entonces prueba alguna? Entonces sería usted mía, toda mía, íntegramente mía... ó no lo sería usted. La posesión absoluta ó el absoluto apartamiento: ¿pero la verdad es acaso la madre del amor? De las espumas nació Venus; deleznales, embusteras, engañosas, inconstancias que mueven todos los vientos y que se deshacen besando rumorosas todas las playas. Dulce sueño, agradable mentira es el amor; ya lo dijo el poeta... ¡Y si así no fuese! Recuerde usted el despertar terrible de Roxana. Para amarse, vale más no conocerse. A todos los humanos, para el tipo ideal, ó nos falta alma ó nos sobran... narices.

—Ingeniosísimo...

—Verdadero pienso yo y usted misma también. Ahora, ve usted, que leo en su pensamiento, no puedo llamar á engaño. ¿Es cierto?

—¡Quizás!

—¿Quizás? Mantiene usted la duda... Empiezan á flaquear sus convicciones... Me felicito de ello...

—No adelante usted los acontecimientos... No veo motivo.

—Yo, sí. La única forma de demostrar el amor... es amando. No sería, Carmela. Todas las verdades verdaderas parecen *perogrulladas*. Si usted me ama, ha de amarme á mí tal como soy; feo ó guapo, sabio ó ignorante, valiente ó pusilánime. Si para amarme me exige usted la realización de una cosa es fácil que no sea á mí sino... á la empresa acometida á quien ame. Es esto como el que se enamora de una máscara; el momento de quitarse la careta es siempre el de la decepción y el desengaño. Si usted me quiere héroe, sabio, poeta; si usted desea en mí una cualidad que no tengo... es simplemente que no me ama usted... Si usted me amase... el amor es un sueño; no se puede dormir con los ojos abiertos. Cerremos, pues, los ojos; entreguémonos, Carmela, á la ilusión de nuestro encanto...

—Ah, sí; pero ¿y si despertamos un día?

—¿Despertar? ¡Despertar! No queda más que un recurso: tratar de conciliar el sueño nuevamente...

—No, no; quizás tenga usted en todo razón menos en esto. ¡Que los que se aman en sueños, cuando despiertan suelen no conocerse!

José DE CUÉLLAR

LE TOCÓ LA SUERTE

IGNACIO Isurriaga tenía diez y nueve años y había pasado su vida sin salir del caserío de Mecolalde, á igual distancia de Vergara y Oñate, en la bellísima provincia de Guipúzcoa.

Su padre, también se llamaba Ignacio, y Josefa su madre. Aquél había viajado mucho, porque estuvo una vez en San Sebastián, *por corridas*, é ido á un partido de pelota en Tolosa; de forma que había visto tierras y aún viajado en tren.

Josefa no había pasado de Vergara, y era tal la idea que tenía de la limitación del mundo, que cuando se hizo la Restauración y vino el Rey Don Alfonso, le decía á una muy amiga suya, tan amiga, que compraban á medias cerillas amarillas para ponerlas en el suelo de la iglesia por las almas de sus antepasados:

—¿Por dónde entró el Rey Alfonso, cuando soldados nuestros tenían guardadas todas las salidas?

Ignacio, el hijo, sabía algún castellano, y cantaba, de una manera flamenca, hasta cierto punto, aquella copla que dice:

«Perdiz que en el campo cantas
Y en el monte nido tienes,
Viene el cazador y matas;
Más te valiera estar duermes.»

Había ido á la escuela de Vergara, y sabía leer en castellano. Para él, Dios era vasco y el diablo castellano. Sólo reconocía una autoridad, el cura.

Un solo baile, el zortzico; una sola enseña, Guernica.

Partidario de estas tres grandes unidades, no reconociendo más forma de que los hombres puedan entenderse que el vascuence, y creyendo de buena fe que en Castilla (para él España era Castilla) todos eran herejes y ninguno podía salvarse, cumplió Ignacio sus diez y nueve años.

Bebía sagardua; comía borona; el maíz le parecía la única cosecha posible, la boina el único tocado, y el alguacil el más alto magistrado. Don Carlos era, para él, Señor de la tierra y amigo de Dios.

En gastronomía, el chocolate era el colmo de los mimos, y los chipisones el mayor regalo.

Todo el que llevaba uniforme y no gastaba boina era un *guiri*, y en cierta ocasión no quiso bailar con Antonia, hija de un foral, porque había sabido que un cabo de carabineros le había dicho al pasar: *Escachapolita*, y ella se había sonreído.

Tan firme era su arraigo en las ideas de sus padres y su patria, que cuando supo, hace cuatro años, que tenía que *quintar*, no lo



LAS SELLAS (CADAQUÉS).

sintió sólo por separarse de su familia, ni por las fatigas del servicio, sino por *condenarse*, lo que era evidente, dado su contacto con los castellanos.

Cómo se verificó la quinta en Oñate, cuando le tocaba sortear á Mecolalde, sólo Dios lo sabe; lo que sufrió el Alcalde teniendo que obedecer al Gobernador y no á la Diputación, podría dar lugar á Echegaray para hacer un drama, ó á Donato Jiménez para dar gritos estentóreos. Chaschote, por este nombre era conocido el Alcalde, hubo momentos en que creyó que el árbol de Guernica iba á descuajarse por sus raíces, él solo, de pena, al saber lo que estaba sucediendo.

Las monjas (en Oñate hay varios conventos), de acuerdo con el padre Arsurriaga, hicieron tres funciones de desagravios, y otra para que Dios purificase al pueblo de los miasmas de los *guiris*.

Don Lucas de Zubillaga y Rementesia, abogado, diputado á guerra que fué en la pasada, miembro de la junta carlista que se reunió en París cuando Don Carlos vivía en la calle de Cheveau-Legarde, y hombre de cierta instrucción, que, á pesar de hablar siempre en vascuence, sabía el castellano, y por lo que había viajado estaba en alguna comunicación con el mundo moderno, no creía tan en absoluto en la condenación eterna de todo el que saliese de Guipúzcoa, pero decía de la mejor fe: «Los fueros son sagrados, legítimos y de derecho divino.»

El cura párroco Arsurriaga, que, entre paréntesis, hizo los estudios en Vitoria, jamás pasó el Ebro, y predicaba en vascuence, manifestando estar en las mejores relaciones con Fangoica; mientras las operaciones de la quinta no salió de su presbiterio, y desde allí, siempre en vascuence, exhortaba á su manera á las caseras, y les aconsejaba la mayor resignación para sufrir los rigores á que el Señor las entregaba, dejándolas en manos de los enemigos de Don



PORT GRAN (CADAQUÉS).

Carlos y de Dios (Don Carlos por delante). El Secretario del Municipio, sargento que fué en el ejército carlista en la primera guerra, estaba en tal situación, que estuvo dos horas *encontrando* las listas del sorteo, y las *buscó* á las cuatro y media de aquella misma tarde.

Por fin, que el sorteo se hizo, y los quintos salieron del pueblo.

Pocas mujeres fueron á despedirlos; todas se refugiaron en la iglesia, y sólo cuando el pelotón se perdió de vista, y más allá del puente, salieron del templo, donde quedó el padre Arsurriaga, repartiendo á los muchachos rezagados escapularios del Sagrado Corazón que tenían estampado por detrás el retrato de Don Carlos.

No seguiré á Ignacio en los primeros días de su ingreso en las filas del ejército.

Lo que él sufrió al llegar á Castilla no es para contado: en Miranda distribuyeron los quintos provinciales, y á él le tocó ir á Burgos en un vagón de tercera, lleno de aragoneses, andaluces y gallegos.

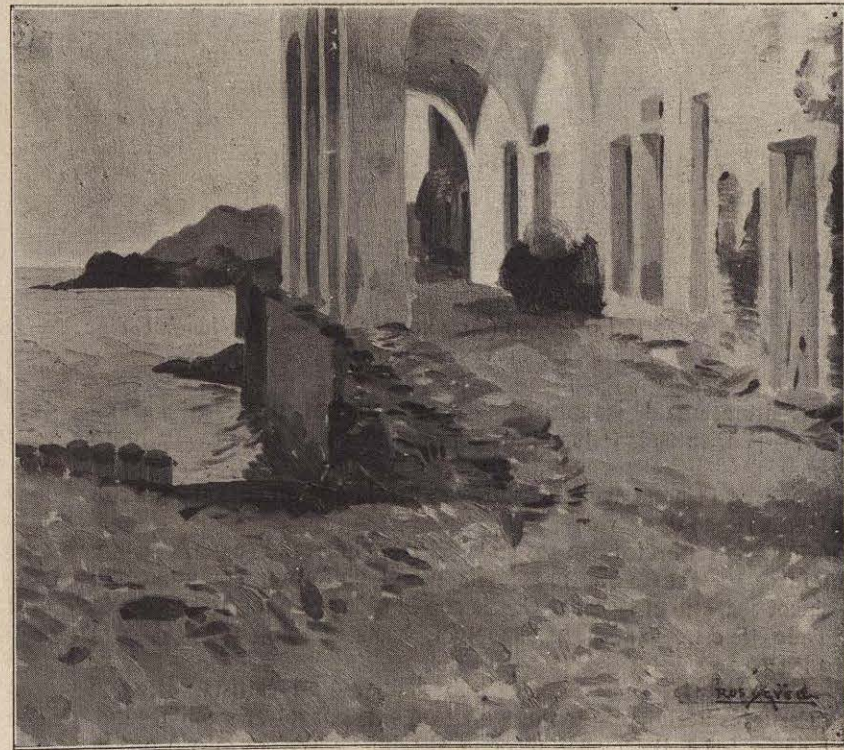
¡Pobre muchacho! Al llegar á Nancles, y al ver que el pueblo, á pesar de ser castellano, tenía campanario, y que por ende debía tener iglesia, su asombro no tenía límites.

Pero lo que verdaderamente le sobrecogió fué oír hablar de la Virgen del Pilar á un aragonés, de la Pelegrina á un gallego, y ver un escapulario de la Virgen del Carmelo en el pecho de un gaditano.

—¡Qué hipócrita es el demonio! —pensó para sus adentros, — ¡y cómo quieren parecer cristianos estos herejotes!

Y así, ensimismado, llegó á Burgos, donde le esperaba la mayor sorpresa.

Fué en domingo, y, apenas recibió el equipo, los llevaron á misa.



PORT DUGUÉ (CADAQUÉS).

Cuadros de A. Ros y Güell.

A misa á la Catedral. Aquello le espantó. No cabía duda: los *guiris* eran cristianos. Pero entonces, ¿cómo podía ser que el padre Arsurriaga, tan amigo de Dios y de Don Carlos, dijese lo contrario?

Tenia que haber algo. La evidencia no podía ser tal evidencia. Entonces principió en su alma una lucha horrible. Diez y nueve años de creer con fe verdaderamente ciega que toda Castilla está poblada de demonios y demonias; que no siendo vascongado y carlista no hay forma de salvarse, y ver que los soldados van á misa, y las demonias tienen cierta gracia, es para trastornar cualquier cerebro.

Insensiblemente, se fué adaptando al medio en que vivía. Fué amigo de un gallego, y reconoció que el jamón es superior á las berzas; un manchego le demostró de una manera evidente que el Valdepeñas es mejor que la sagardua; la práctica le convenció de las ventajas del candeal

sobre la borona, y cuando en un cambio de guarnición vino á Madrid, y en otro fué á Granada, hubo momentos (por cierto una noche en el cuerpo de guardia de la plaza de la Armería, en Palacio) en que dijo para sus adentros: —Padre Arsurriaga, lo que pesca no sabe.

Verdad que aquella noche fué grandioso el espectáculo que se presentó á sus ojos.

Hacia quince días que llovía, y el Manzanares, que es un río, aunque no lo parece, había determinado hacer una de las suyas. La crecida aumentaba por momentos, los cuernos de las lavanderas tocaban á alarma, y una autoridad, no se sabe cuál, pidió veinte hombres á la guardia de Palacio. Ignacio fué uno de ellos; llegaron á la orilla del río, cerca de los Jerónimos; trabajaron como leones para salvar la vida á toda una familia, y cuando, ya con el agua al cuello, se retiraban y llegaban á pisar

A. ROS Y GÜELL



LO GORCH (AL ANOCHECER). — Mención honorífica en la última Exposición de Bellas Artes (Madrid). Salón París.

la tierra firme, una de las mujeres salvadas milagrosamente, grita acongojada: —¡Virgen de la Paloma! Mi pobre nieta queda en la casilla junto al banco.

El sargento García oye este grito, y se arroja nuevamente al agua con inminente riesgo de su vida.

A los pocos minutos, sin ros en la cabeza, chorreando agua, y, como si no fuese bastante la que le escurría por el uniforme, llorando como un chico, apareció el sargento García con la niña entre los brazos.

Todos le estrechan, hasta el capitán, hasta Ignacio, que decía para sus adentros:

—Sargento García estar malagueño, llamar á mí carlista, dice que Don Carlos es necio, y yo tonto, y arriesgó vida por salvar motilla.

Ignacio fué á Barcelona; recorrió Cataluña y Valencia; vió que la Virgen de Montserrat y San Vicente Ferrer inspiran gran fe á catalanes y valencianos; fué un año asistente del coronel Mejía, y cuando después

de licenciado volvió á Mecoalde, y nuevamente trabó en el campo, y volvió á gastar boina, con el placer que todo hijo de una comarca honrada vuelve siempre á ella, solía siempre decir, aunque en vascuence y después de beber chacolí:

—El coronel Mejía tiene razón: aislados por los montes y por el vascuence, creéis que no hay más mundo que Guipúzcoa; las quintas os harán conocer lo contrario. No sólo nosotros somos los cristianos.

Todavía bailaba zortzico; pero un día, cerca de la fuente, le pegó una sobrina de Chaschote, porque le dijo: —¡Olé barbiana!, —requebro que á la muchacha le pareció infernal.

A pesar de todo, yo he conocido á Ignacio, sobrino de Chaschote, y su mujer. ¡Pásmense ustedes! Cumple perfectamente sus deberes; pero no confiesa, como antes, todas las semanas.

JUAN VALERO DE TORNOS

JUAN BAIXAS



PAISAJE

Salón París.